

Alberto ASPRINO:
DESDE la orilla,
la otra ORILLA.



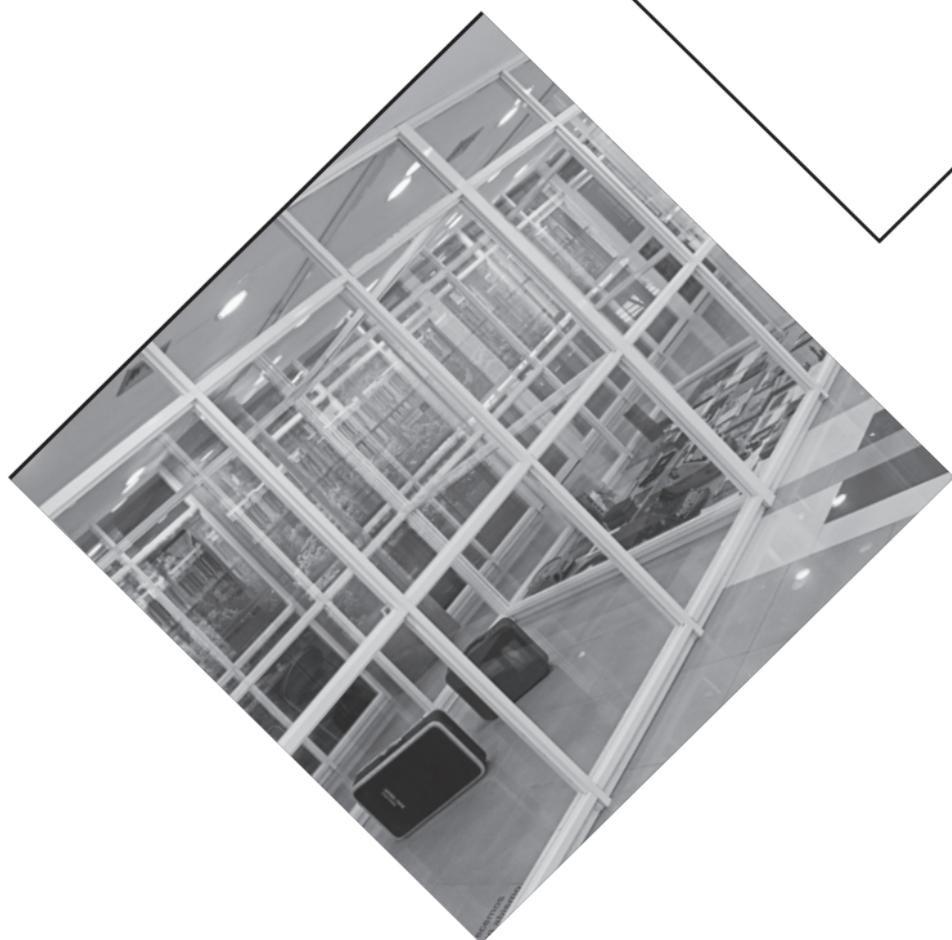
Humberto VALDIVIESO
Lorena ROJAS PARMA
V́ctor Hugo IRAZÁBAL
Clara DE LIMA



abediciones

COLECCIÓN EDICIONES
ESPECIALES

Alberto Asprino:
*desde la orilla,
la otra orilla*

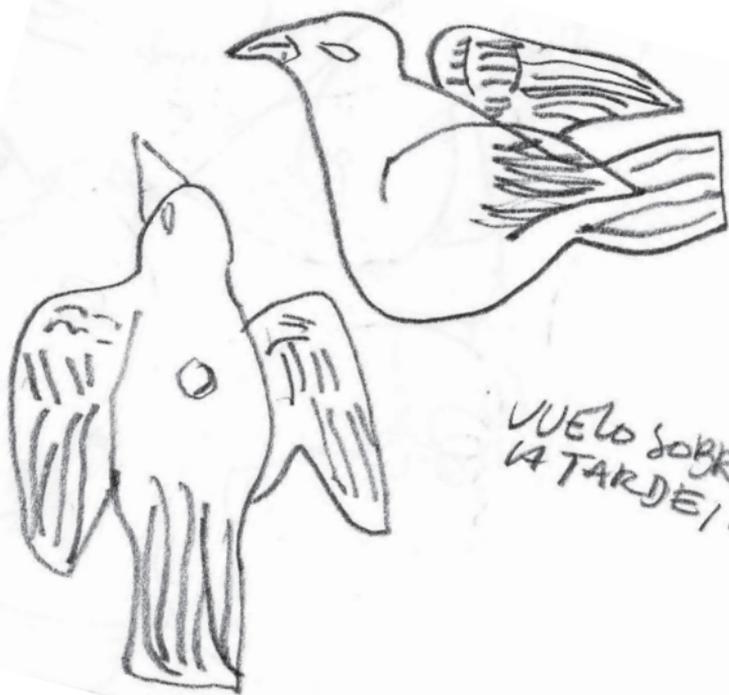


Humberto Valdivieso

Lorena Rojas Parma

Víctor Hugo Irazábal

Clara De Lima



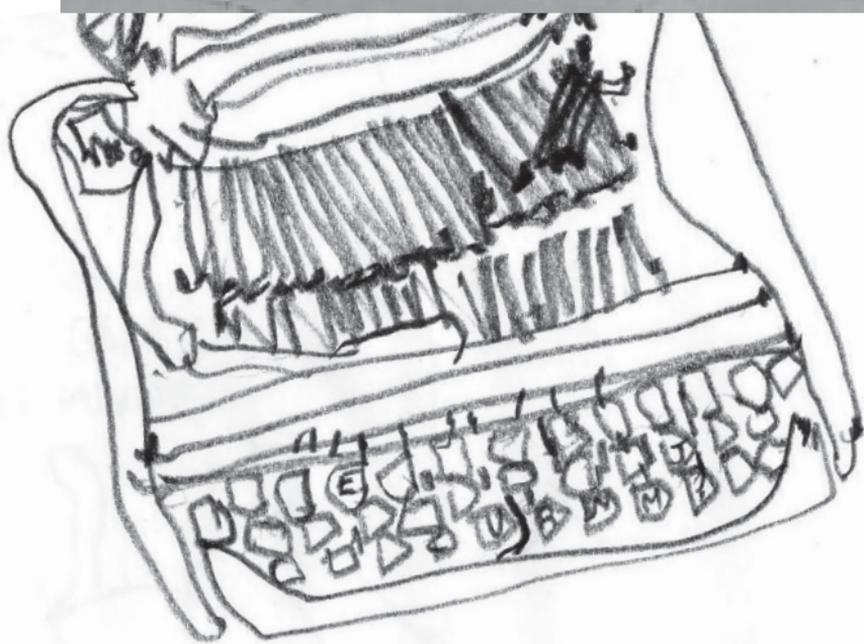
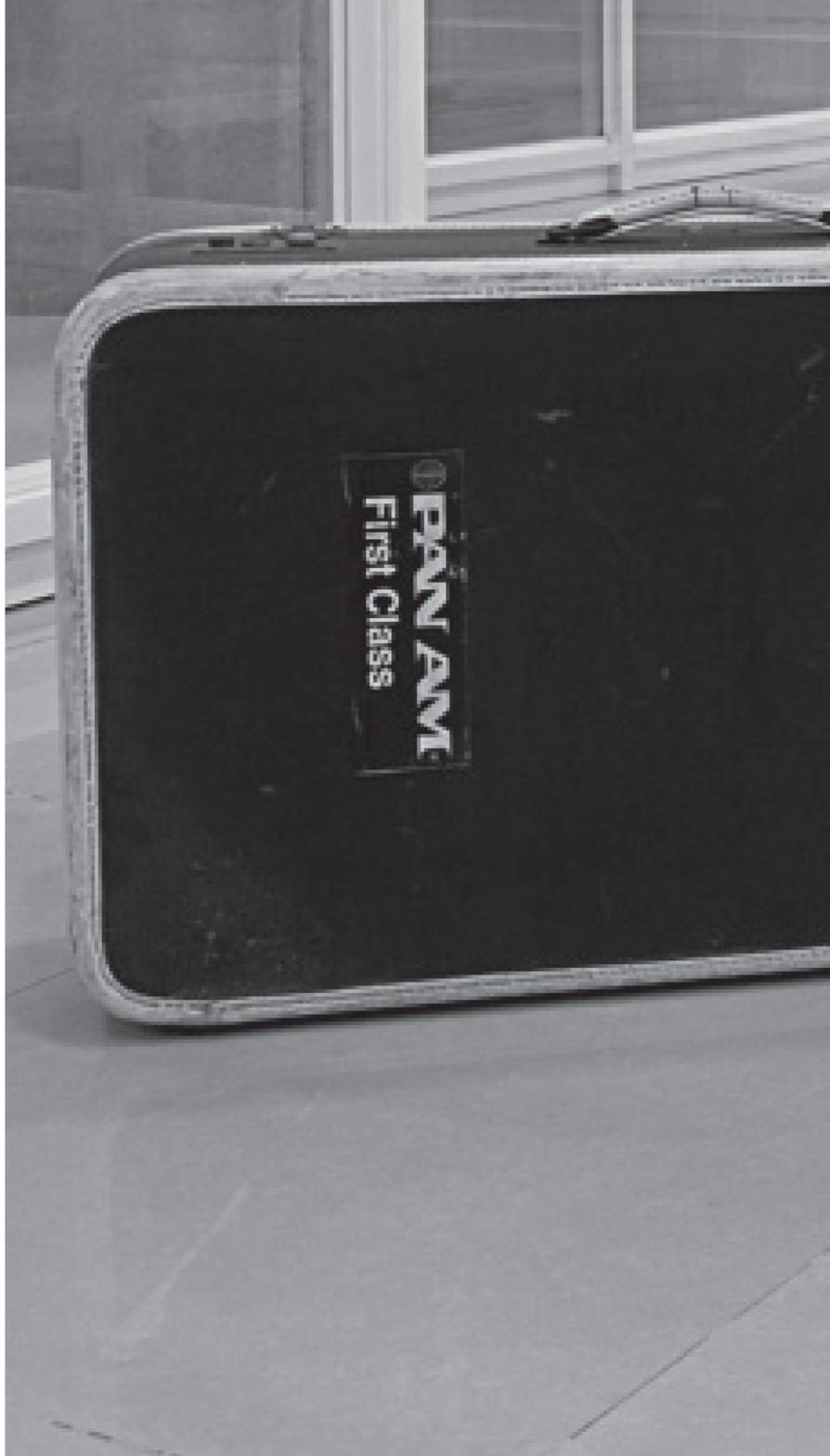
VUELO SOBRE
LA TARDE / 2007



“¿Qué busco? Propiciar un
diálogo entre el ser y su razón
de ser”

—Alberto Asprino





EXENTRADA
EN 1984...
SI GUE CONTIGO...
HIZO FOTOGRAFIA
EN EL 2016...
08.06.2018

VNDOS WANTA
CUANDO PLAYA VE

EN PLAYA QUE TANTO ESC
QUELLA PLAYA QUE SIEMPRE



DESDE LA ORILLA, LA OTRA ORILLA: UNA CURADURÍA FILOSÓFICA

Humberto Valdivieso
Lorena Rojas Parma

36X35X17

5 AÑOS DE TECLADO... -
RDE AUN ERA PLAYA... -
MIBIO PAGINAS Y VIVENCIAS... -
FUE COMPARTIDA...!

Los objetos agrupados en la muestra *Desde la orilla, la otra orilla* de Alberto Asprino —Sala Efímera Los Cubos del Centro Cultural UCAB 2018-2019— están hechos de espacio y tiempo. Son territorio, memoria y signo. Entre ellos deambula la energía de lo vivido: intimidades, epopeyas nacionales, alegrías compartidas, esperanzas, fracasos estrepitosos y tránsitos laberínticos. Se trata de cosas mortificadas por el ir y venir de la existencia, ahora reunidas a modo de apuntes tridimensionales: notas hechas a partir de fragmentos de vidas desconocidas, cuadernillos de bocetos diseñados por una sensibilidad a la vez arqueológica, urbana y espiritual.

Una hilera de cubículos de vidrio organiza la lectura de esta instalación, cuyo espacio, en verdad, es la transparencia del tiempo. El evidente desgaste que exponen las cabezas de muñeca, los libros, las estampillas, los zapatos, los adornitos, los billetes abandonados, los carteles de “Sí hay punto” o las llaves revela su uso anterior y las emociones con las cuales fueron adoptados y despedidos. Recorrer el lugar de un lado a otro tiene algo de ritual: ese tránsito, en algún punto, devuelve al espectador a un momento sagrado de su vida cotidiana.

Todos estos “peroles” —hermosa palabra, pues en su acepción criolla está asociada al olvido— organizados ahí por el artista han sido provisionales en la vida de alguien. Muchos superan en años a quien los tuvo. Todos cambiaron de color, perdieron alguna de sus partes, recibieron olores y sustancias ajenas, modificaron sus texturas y, algunas veces, tomaron formas insólitas. Ellos llevan consigo las voces de innumerables lugares y épocas. Alguna vez fueron olvidados y arrojados a las orillas del azar: desde ahí nos hablan sin dar explicaciones. Parecieran estar murmurando ciertos versos de Allen Ginsberg, como si fuesen un mantra:

*El peso del mundo
es el amor.
Bajo la carga
De la soledad,
Bajo la carga
De la insatisfacción
el peso,
el peso que cargamos
es el amor
¿Quién puede negarlo?¹*

Alberto Asprino es un nómada, un recolector. Por décadas ha recorrido playas, avenidas y espacios íntimos en busca de estos objetos parlantes. Esas son sus orillas. Es un artista andariego cuya sensibilidad ha sido

forjada en el trabajo con las emociones, la disciplina de la investigación y el amor por el conocimiento. Su labor en el arte tiene mucho de leer y sopesar. Pero la lectura en él no es un simple ejercicio visual. En realidad tiene el significado que —como bien aclara Julia Kristeva— le adjudicaban los humanos primitivos: “recoger”, “recolectar”, “espíar”, “reconocer las huellas”, “coger”, “robar”. Hacer una exploración activa, una apropiación del otro.²

En ese leer acucioso el artista ha visto transformarse los paisajes de sus recorridos, es testigo de la fragilidad de la vida, la movilidad de la cultura, las prácticas depredadoras del poder y la belleza de la vida cotidiana. El paisaje en su obra no es solo una dimensión exterior, también es un territorio interno. Adentro y afuera conectan el “cuerpo emocional” con la experiencia del mundo. En sus cuadernos de boceto puede leerse: “¿Qué busco? Propiciar un diálogo entre el ser y la razón de ser. En esta etapa de mi obra quiero reafirmar esa necesidad de mirar hacia adentro, para desnudar nuestra propia realidad existencial. Busco hacer de la memoria el cuerpo emocional de nuestra existencia”.

En *Desde la orilla, la otra orilla* los objetos integran paisajes reales e imaginarios, testimoniales y poéticos sin marcar límites o diferencias. Se trata de lugares de tránsito en un espacio transitado. Son mapas sensibles, topografías íntimas cuya complejidad es similar a la vida de millones de seres humanos que llegaron y se fueron del país. Son metáforas provisionales: bocetos de un modo de estar en el espacio y el tiempo.

Estos paisajes integran destinos, historias, miradas, viajes y modos de existir. No hay linealidad, aunque el orden parezca secuencial. La obra es un cruce de muchas orillas. No obstante, ninguna sugiere un límite. Tal como la complexión transparente de la estructura, los paisajes en su interior están abiertos al diálogo con la sensibilidad del otro.

El montaje de esta exposición duró varios días y fue una *performance*. Artista, objetos y transeúntes, durante el proceso de instalación de la muestra, recuperaron vivencias. Inevitablemente, los “peroles” estaban vinculados al alma de cada quien. Quienes pasaban por ahí decían con entusiasmo y nostalgia: “Son fragmentos de tiempo”, “Mira, sí hay punto”, “Yo tuve uno de esos”, “Esto somos nosotros”.

¿Por qué algo que suele ser invisible, como los objetos desechados, se hizo visible de forma tan contundente es esta instalación? Tal vez porque Asprino con su obra acerca al ser humano a las orillas de la existencia y de la cultura. Ahí le devuelve al alma sus objetos perdidos, le recuerda las fortalezas ganadas, las lecturas hechas, los juegos de la infancia y las imágenes

2 Kristeva, 1969, p. 236.

cotidianas de las ciudades de Venezuela: mantas de buhoneros, maletas de inmigrantes y suelas desgastadas de tanto “patear” la calle.

La curaduría fue también una experiencia de lectura (recolección), así como un ejercicio de acompañamiento y comprensión. Los textos —citas de autores universales—, imbricados entre los paisajes sensibles diseñados por el artista, emergieron del intercambio entre los procesos íntimos del arte y la reflexión filosófica. El proceso curatorial, como la obra, fue uno con el devenir del arte y el pensamiento, en el sentido que John Cage le da al pensarse a sí mismo: “No imponer nada. Dejar ser. Permitir que cada persona, sea igual a cada sonido, sea el centro del mundo”.³

La curaduría filosófica: entre las orillas

Una de las más importantes lecciones de la filosofía griega ha sido que la reflexión y las búsquedas intelectuales se hacen a través del diálogo. El encuentro con el otro no es prescindible; sin él no podemos filosofar, reflexionar y, tal vez lo más importante, saber de nosotros mismos. Desde los diálogos socráticos y la hermenéutica contemporánea, la filosofía se nos presenta como una oportunidad de dialogar, de transitar por el “saber de sí”, junto a lo que se nos revela en un texto, un poema, un cuadro, una *performance* o cualquier expresión íntima del alma que resuene con la nuestra. Podemos des-cubrir sentidos, miradas, perspectivas de la obra y de nosotros en la complicidad de lo que se reconoce. Escuchando una vez más la voz de Aristóteles, cuando nos recuerda que la verdad se dice de muchas maneras.

En este sentido, la curaduría filosófica de las artes visuales se nos presenta como un modo de abordar las obras, de entablar relaciones con ellas a través de una interpretación que se expone, a partir de un diálogo entre los investigadores y la obra. Sin la intención de mediar, devela al menos una mirada —entre otras, por supuesto— con el fin de iluminar sentidos y relaciones posibles de la obra, que tal vez aludan a nuestra intimidad. Esa intimidad artística y filosófica que, justamente por serlo, es universal.⁴ Donde se reconocen nuestras experiencias más profundas y se hacen cosmos. “Lo más íntimo es, en cierto sentido, lo más universal, aquello que todos compartimos, en lo que todos nos reconocemos...”⁵ Ese develarse de la obra en diálogo íntimo con el espectador, con cada uno de nosotros, que recurre a su memoria y a las voces de poetas y filósofos que allí reposan, fortalecidas de recuerdo, es la tarea que se propone la curaduría

3 Cage, 1981, p. 116.

4 Cfr. Aristóteles: *Poética*, 1451b; Gadamer, 1997, pp. 48-49.

5 Cruz, 2010, p. 89.

filosófica. Si el pensamiento es un devenir, como afirman Deleuze y Guattari, el mundo y nosotros somos pensamiento. Si ya no se entiende como “atributo de un sujeto”,⁶ capaz de revelar representaciones de un mundo inevitablemente desconocido, pensar nos hace cosmos, logos común, en el sentido de Heráclito, y nos regresa a la intimidad con el mundo en devenir y cada una de sus expresiones. Decía el efesio: “sabio es convenir que todas las cosas son uno”.⁷ El sentido latino de *spectator* «que observa y sirve de testigo», que contempla y aguarda por la palabra, orienta este encuentro con el arte que auspicia nuestro cuidado filosófico, que no es más que una remembranza del viejo cuidado de sí.

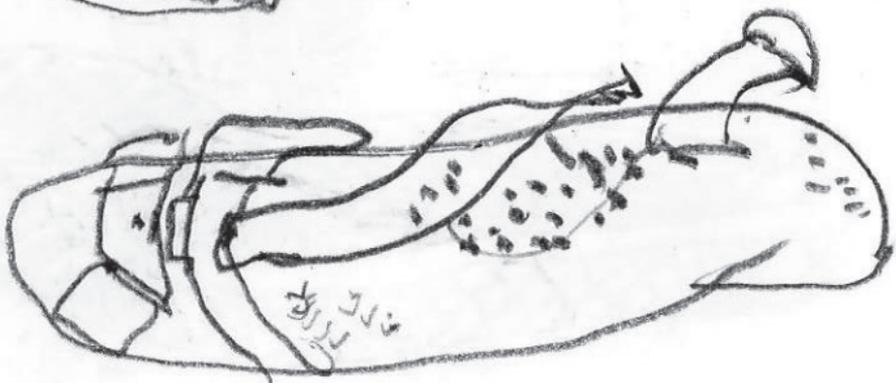
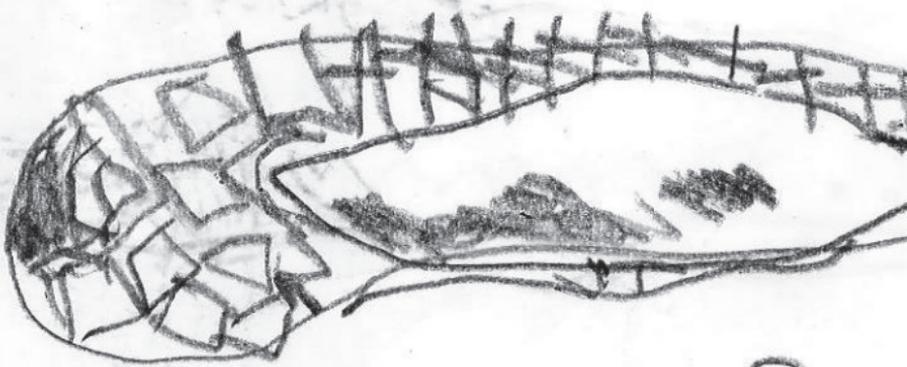
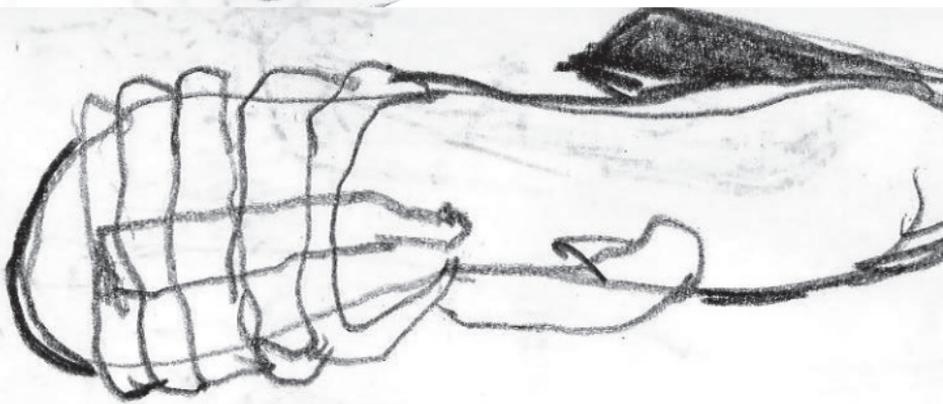
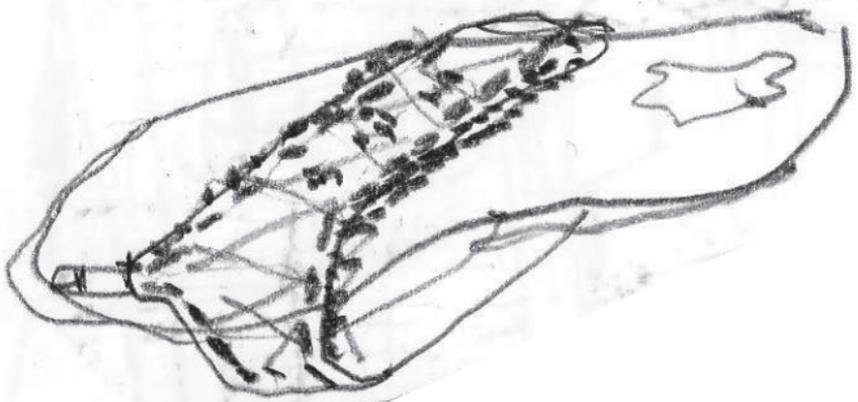
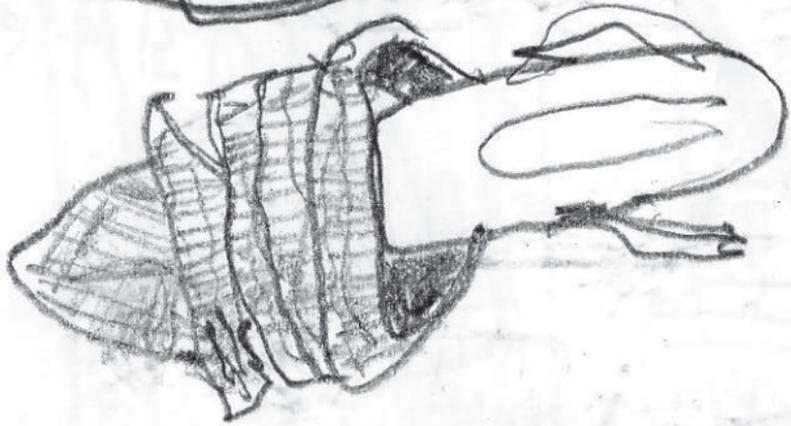
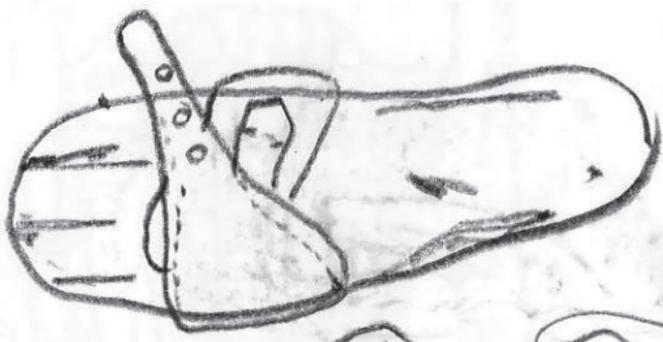
Así, la experiencia de la curaduría filosófica trae consigo el tono íntimo del diálogo, el encuentro y la revelación de sentido que nos brinda la mirada hermenéutica. Asume el devenir de la verdad, su expresión múltiple, cambiante, y nuestra posibilidad de comprenderla, cada vez, abiertos siempre a nuevos horizontes. “La interpretación es en cierto sentido una recreación —dice Gadamer—, pero esta no se guía por un acto creador precedente, sino por la figura de la obra ya creada que cada cual debe representar del modo como él encuentra en ella algún sentido”.⁸ Con nuestras propias fuerzas re-creamos, y nos hacemos uno con la obra. La curaduría filosófica abre miradas, muestra posibilidades, insinúa lugares espirituales que evocan al enigma, la memoria, el pasado que funde su horizonte con el presente, con el fin de labrar espacios para la comprensión. Así, la originalidad de la interpretación no irrumpe contra las particularidades de la obra ni opaca la pluralidad de su expresión. Por el contrario, aparta cualquier pretensión de respuesta única, conceptual, definida, pues la interpretación implica la diversidad y la inevitable versión cambiante de la verdad de las cosas. En el diálogo vamos dispuestos a cambiar, a descubrir y a sorprendernos de sentido y hallazgo.

Desde la orilla, la otra orilla, de Alberto Asprino, nos evoca aquel río griego que nunca es el mismo, en el que no nos bañamos dos veces, porque nada nunca es lo mismo. El río poderoso que corre sin tregua, que no espera, que no hace concesiones al tiempo, pero que esconde en sus aguas los misterios de nuestras demoras, vulnerabilidades, amores y derrotas. Que allí develan la verdad de su naturaleza pasajera y cambiante. Con su profunda sensibilidad por la vida, Asprino permite que nuestras propias aguas se agiten y salgan al encuentro secreto de su propia orilla. Haciéndonos sentir que lo más íntimo es lo más universal.

6 Deleuze y Guattari, p. 384.

7 Heráclito, frag. 50.

8 Gadamer, 1997, p. 165.



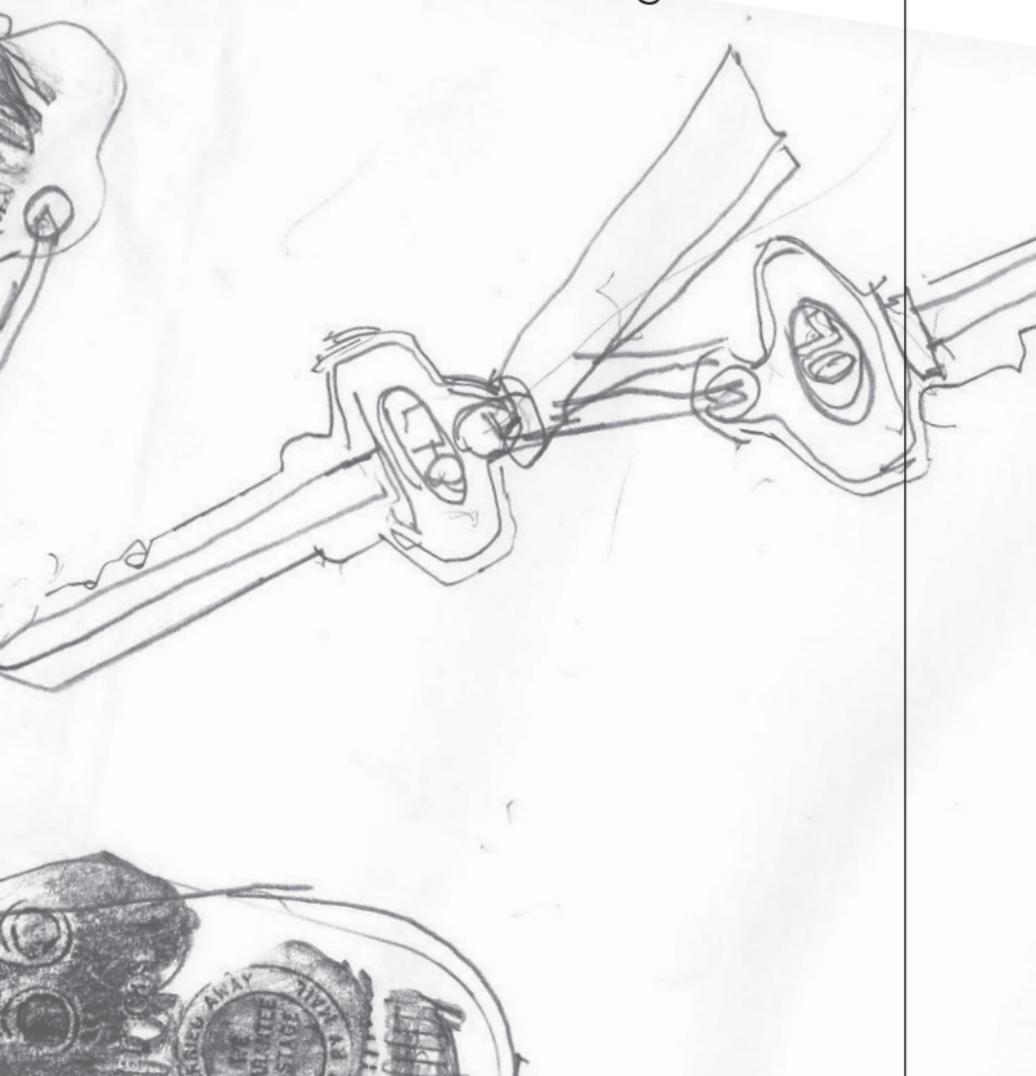






EL SONIDO INTERIOR DEL OBJETO

Víctor Hugo Irazábal



“El arte es una interacción entre los objetos y las ideas”

Marcel Duchamp

Este certero aforismo de Marcel Duchamp le otorga al artista licencia para despojar al objeto común de su función de uso ordinario y asignarle, gracias a una idea, un significado distinto que lo convierte en un objeto artístico. Duchamp sabía que un objeto no es una realidad inerte, es energía contenida, que el artista activa con la carga energética que él le imprime. Así lo convierte, durante el proceso de construcción de la obra, en materia artística. La energía que vive en un objeto es portadora de un contenido significativo y expresivo específico, el cual el artista debe intentar explorar, descifrar y entender al usarlo como materia sustancial de una propuesta creativa. Acentúa su elección, la energía que el implacable paso de los días continuará modificando.

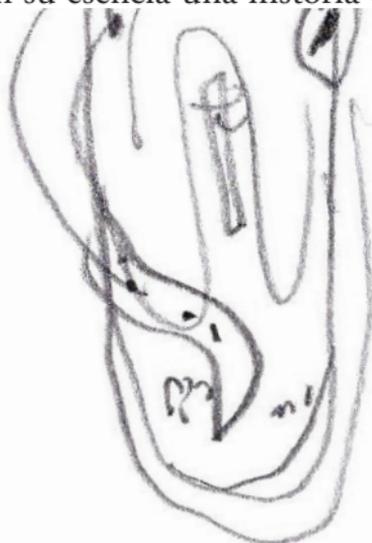
La experiencia de vida significativa es determinante en el problema que se plantea un creador. Alberto Asprino se hizo al arte a través de su formación como ceramista, posiblemente de allí le venga su apego a lo objetual, hasta el punto de que en cada una de sus propuestas plásticas y visuales, además de las curatoriales y montajes de obras en sala de exposiciones, el objeto persista como materia prima de sus creaciones. Por otra parte, Buda nos legó este revelador aforismo: “Somos lo que pensamos”; parafraseando al maestro oriental, podríamos decir: “Somos el arte que sentimos, pensamos y hacemos”.

Un objeto es un medio material que encarna una energía capaz de comunicar una idea. Los objetos abandonados en las playas del litoral central por la urgencia de una situación, la desidia, el empuje del consumo y de la moda albergan en su esencia una historia capaz



5x7x11

SANDALITA
CERAMICA



7x8x14

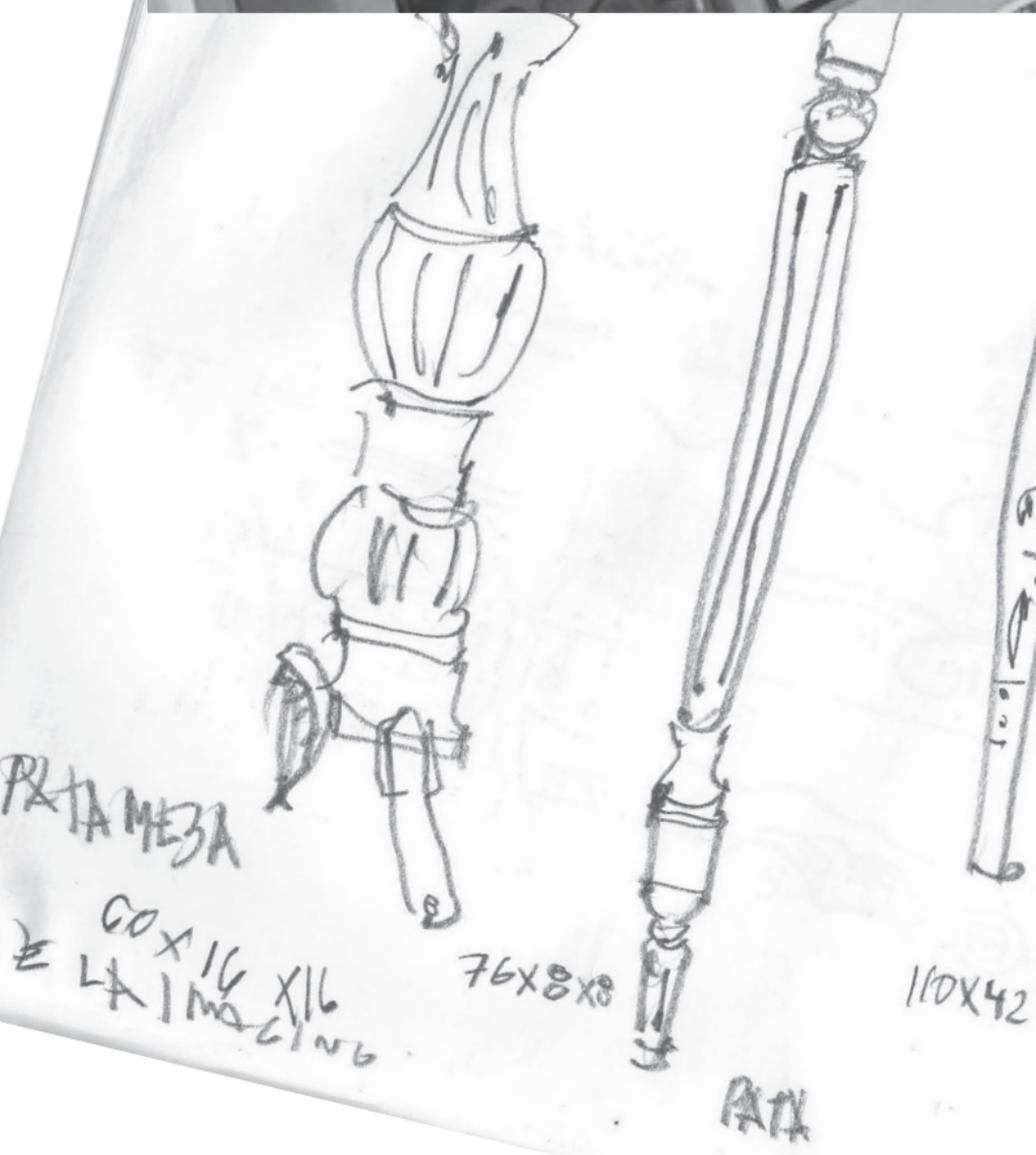
ZAPATO DE
FIESTA

de despertar una idea, una asociación que impulsa la creatividad de Alberto Asprino. Los objetos concebidos como formas materiales con significados conceptuales, constituyen un sistema de comunicación no verbal, al que se denomina lenguaje de los objetos. Son signos portadores de un espacio de significados dentro de un discurso visual y háptico que se registra y retroalimenta entre el emisor y el receptor. No debemos olvidar que los objetos que recolecta Asprino no son insípidos, ya que son portadores de una memoria dentro de un contexto social determinado.

Su recolección, clasificación y diseño hablan de diversidad dentro de un factor común: la huella que dejan los embates del entorno y el tiempo sobre su superficie. Le atrae más que nada el objeto elaborado industrialmente que dejó de ser útil y bello al perder su juventud y vigencia. Sin embargo, el objeto manual también deja ver su presencia, a través de carteles, letreros improvisados y artesanías. Su aguda percepción sensorial para descubrir estética en lo feo, en lo deteriorado, es parte de la brújula para capturar la energía que concentra, en los cubos de vidrio.

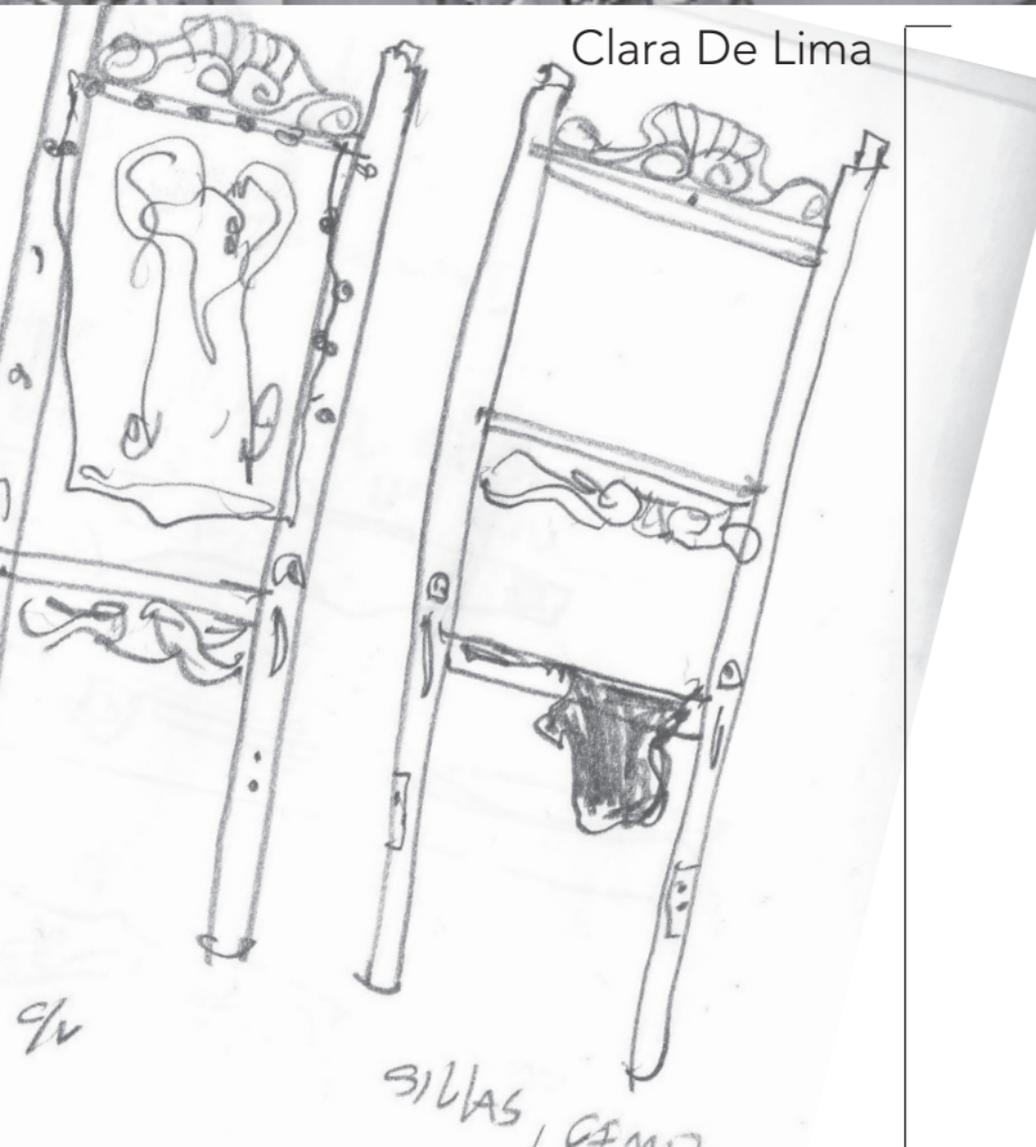
Asprino construye sugerentes historias de un imaginario que ordenadamente clasifica y diseña para activar lo desconocido que habita en su memoria y en la de quienes se adentra en su sorprendente inventario. Convoca la memoria interior que nos invita a dialogar con los objetos generados por un colectivo que a su vez despiertan la memoria colectiva de un lugar, país o región. Tal como lo sentenció Wassily Kandinsky: “Cuando se alcanza un alto nivel de desarrollo de la sensibilidad, los objetos y los seres adquieren un valor interior y, por último, hasta un sonido interno”.¹







ENTRE LAS ORILLAS



Clara De Lima

SILLAS 1/6/17

Decimos que todo se trata de principios y de finales. Pero no para el artista Alberto Asprino. Cuando la obra se trata del tiempo, no podemos delimitarlo dentro de dos puntos. Esta obra de la que voy a hablar trata de caminos, de paisajes y de mar. Así como la vida se origina en el mar, ahí también comienza esto.

Transportémonos al pasado, hacia una de esas caminatas por la playa, con el sonido de las olas y el olor a salitre llenando el entorno. Seguro en algún momento te agachaste para tomar una piedra, una concha o un coral, incluso un vidrio pulido por el agua. Estando en ese paisaje de perfecta armonía, sentimos la necesidad de guardar un pedazo, un fragmento de calma, de la luz, del sonido, de la arena bajo los pies. Lo hemos sentido también en ciertas etapas de la vida, guardamos notas de amor, hojas secas en libros, monedas de viajes, tarjetas o etiquetas de regalos. De ahí proviene la magia de la fotografía y de la pintura, un momento preservado en una imagen.

Supón que puedes viajar—de verdad— en el tiempo, imagina poder transitar diversas épocas y lugares a lo largo de un mismo pasillo. Tiempo y espacio son conceptos inseparables y codependientes. Han sido tratados de incontables formas desde que el mundo es mundo, pero, en el cuarto piso de una biblioteca, son representados en cubos transparentes, oficinas donde el tiempo trabaja sin descanso. Alberto Asprino materializa recuerdos y sentimientos en la exposición *Desde la orilla, la otra orilla* (2004-2018), en el Centro Cultural de la Universidad Católica Andrés Bello y, desde mi ventana, pude captar las múltiples expresiones de quienes se encontraban con la obra. Pero antes de transcribir sus palabras, quisiera que habláramos un poco más de lo que propone el artista.

La compleja simplicidad de Asprino

Como arquitecto que es, Asprino logra estructurar una historia —nuestra historia— en casi tres lustros de recorridos a través de rincones y playas de nuestro país. De algo simple a primera vista, queda al descubierto una sensibilidad y un ojo propios del más singular de los coleccionistas, de aquel que recolecta trozos de vida. Gracias a su interés por la nostalgia, por la historia y por la imagen podemos jugar a ser viajeros en el tiempo. Asprino no es un autor para quedarnos en la superficie, no podemos quedarnos en la orilla. El mar es profundo y desconocido, así como las sensaciones que provoca esta obra. Detengámonos un momento al pasar y atravesemos la orilla.

Arqueología de una cultura errante

Estás de pie ante uno de los cuartos de tiempo... y de pronto aparecen nostálgicas ruinas. Tu viaje en el

tiempo ha empezado y lo primero que percibes es la antigüedad que tienes frente a tus ojos. Pero, vaya sorpresa, estas reliquias las has visto antes. ¿Cómo puede ser posible? A la manera de Einstein, en 15 años ha pasado casi un siglo. 100 años, o 15 años muy largos, retratados en siete cuartitos de vidrio que gritan los más inenarrables eventos, historias que nosotros mismos —los protagonistas— no podemos contar con exactitud. El tiempo pasa y nosotros retrocedemos corre el año 2019, pero nos encontramos en la Venezuela de los cincuenta. Estamos confundidos, revueltos en una vertiginosa cronología de incomprensibles hitos.

Ruinas hay muchas en las calles de Venezuela. El cambio o el deterioro ha sido tan grande que es como si hubiesen pasado muchos años. La decadencia y la inequidad vividas en este corto tiempo nos hacen sentir arqueólogos de una cultura perdida —o de una que se está buscando—. Tradiciones, oficios, cotidianidad, ocio, todo lo que tiñe la idiosincrasia de un país está decolorado en el suelo, pero vivo en quien decide observar.

Aunque socialmente se habla de las quince primaveras, paradójicamente Venezuela está más anciana que nunca. No queremos olvidarla, no queremos que nadie la olvide. Así que te sientas entre las ruinas y dejás que te hablen, empiezas a desenterrar recuerdos en forma de cachivaches, en forma de objetos perdidos, de tesoros encontrados, y vuelves a ser un niño jugando fútbol en el recreo, comprando un jugo en la cantina con tan solo dos bolívares, pensando en lo que quieres ser al crecer. Entonces no sabíamos los obstáculos que nos tocaría enfrentar. Pero ahí está el balón, ahí están los dos bolívares, ahí está el pupitre y los recuerdos que marcaron cada una de las etapas de tu vida.

Lo que una vez fue un objeto común ahora es un registro histórico de nuestro paso por la Tierra. Objetos del ir y venir del tiempo que no llaman la atención en la rutina de todos los días, pero que, al estar expuestos, al concederles un espacio, ya no murmullan bajito al pasar junto a ellos en la calle, sino que ahora gritan su historia. Vamos a escucharla.

Más allá de los segundos y de los años, una nueva forma de medir el tiempo

La famosa frase “el tiempo es el mejor autor”, como la mayoría de los lugares comunes, no deja de ser cierta. La relatividad con la que percibimos el tiempo hace que sea más sencillo medirlo en el cambio físico de los objetos. Asprino consigue captar esa textura y esa tonalidad únicas, imposibles de recrear, propias del implacable transcurrir del tiempo. Te propongo usar esta nueva medida: hablar de los años en libros leídos, en bombillos quemados, en billeteras desechadas, en

juguetes recordados, en objetos utilizados. Después de todo, nada evidencia más la cantidad de pasos que hemos dado que los zapatos gastados.

La sinergia del paisaje

“Cada uno de estos fragmentos vive por sí solo pero alude a la totalidad del cuerpo. Ese cuerpo que, de pronto, se ha vuelto infinito”.

Octavio Paz

Puesto que el todo es más que la suma de sus partes, cada vez que llega o se va un objeto, el lugar cambia. Al guardar aquella piedra de mar, modificaste la playa y tú cambiaste también. Hay una transformación bidireccional entre el paisaje y el que lo descubre. Es la metáfora del río, ninguno de los dos vuelve a ser el mismo después de ese encuentro.

Uno se compone también de partes, partes que componen la infancia, la adultez, tu pasado, presente y futuro, que componen la persona que eres, y cada recorrido por el paisaje también relata una nueva historia para el caminante. Cada viaje está conectado, y el artista encuentra algo de sí en los objetos que recoge en el camino.

Hay muchas acciones que marcan ese camino. No solo tomamos una piedra o una flor como recuerdo, a veces también dejamos vida a nuestro paso, y muchas otras, lamentablemente, sustraemos algo vital. Las huellas del hombre algunas veces son inofensivas, otras son fértiles y, en la mayoría de los casos, son dañinas, pero siempre son fascinantes.

Más allá de las acciones humanas, como bien hemos dicho, el tiempo es el mejor artista, y modifica los paisajes solo por la inercia y la ley del cambio, que es la única constante. Es por esto que los objetos de nuestro museo de maravillas cotidianas solo pudieron ser descubiertos durante un periodo específico. El paisaje estaba ahí, con aquellos elementos y bajo aquellas condiciones justo cuando Asprino hacía sus expediciones urbanas.

Es decir, la “fotografía” que nos regala el paisaje es temporal, como lo son sus componentes y como lo es quien lo visita. En *Gabinete del ocio*, Fedosy Santaella menciona el libro *El otro lado del río* (1984) —para seguir con las orillas— de Charles Wright, donde se habla sobre lo efímero del viaje. Cuenta que, para Wright, el lugar de la revelación era el paisaje: “Es ahí donde el hombre transita como sonámbulo, sin notar el abismo”.¹ Esos recorridos, por más que queramos capturarlos en frases o en imágenes, suceden solo en el presente; sin embargo, Asprino logra llevarse piezas

1 Santaella, 2019, p. 82.

del mundo y darles un espacio en el futuro, con sus colores y sus formas hechas de tiempo.

“Es en el paisaje donde el hombre transita sin notar el abismo. Y es allí donde [despertamos y encontramos] algo, algo que de pronto parece decirnos un secreto, allí, al borde del precipicio”. Aquí es donde Wright coincide con Cadenas, “florece en un abismo” y en este momento es cuando más falta nos hace recordarlo.

Las orillas sociales y la inmigración

“Difícilmente abandona su lugar lo que mora cerca del origen”.

Friedrich Hölderlin

Esta exposición cuenta versiones de la realidad, cada uno reflexiona sobre la suya al visitar la Sala efímera Los Cubos. Sin importar género, edad, zona de residencia o condición socioeconómica, todos tenemos algo que recordar y que encontrar desde esos objetos. Cada historia es una orilla, cada persona es una orilla, pero todas las orillas están conectadas por el mar. Por el tiempo.

Durante la visita guiada de la exposición, Alberto Asprino habló de una de las veces que se encontraba por los puestos de artesanía de Sabana Grande, viendo todos los objetos cuidadosamente ordenados en el suelo. Súbitamente, los buhoneros gritaron una señal, recogieron la manta en un rápido movimiento y se colgaron todos sus tesoros al hombro, como esos viajeros errantes que aparecen en las caricaturas.

En Venezuela, muchos han tenido que hacer como los artesanos: empacar la vida en unas pocas maletas, pero esta vez para marcharse hacia lo desconocido, lejos del museo de las maravillas donde dejamos los objetos que nos han acompañado —menos mal que todo lo vivido se lleva por dentro, donde no hay límites de peso—. El último cuarto de la exposición —o el primero, depende de cómo se vea— contiene dos valijas, y es aquí donde volvemos al principio: inicio y fin, se cierra un ciclo para empezar otro.

Henos aquí, de pie frente al abismo, sin ser ya los mismos, pero sin dejar de ser nosotros, preguntándonos cuál será el siguiente cuarto de tiempo al que nos tocará entrar. Al final lo único que importa es que los caminos que emprendamos tengan corazón y, hay que decirlo, el camino de Asprino tiene corazón.

De repente me viene a la mente la frase de un imán de mi nevera: “Si recordamos nuestras raíces nunca estaremos fuera de lugar, estemos donde estemos”.

Desde la orilla del espectador

“El objeto es una intimidad en cuanto tal, es todo cuanto yo”.

José Ortega y Gasset

No, no lo había olvidado. Aquí comparto algunas de las muchísimas respuestas que recibí de aquellos que pasaban y redimensionaban la obra al evocar recuerdos y sentimientos que se escapan de los cuartos de tiempo.

Pese a mis esfuerzos, resulta imposible plasmar el arte fuera del medio en el que fue concebido —en especial este, tan complejamente humano—, por lo que hace falta dejar estas palabras, pues son la forma más honesta de hablar sobre la obra de Alberto Asprino.

Nostalgia y pérdida

- “Cada objeto cuenta una historia, es muy nostálgico escucharlas”.
- “Se siente extraño, me da la impresión de que todos esos balones pudieron ser míos. En mi infancia tuve muchos balones así...”
- “Es como el escenario de una película de terror. Asocio los juguetes sucios y rotos con las películas de terror, es muy solitario ver juguetes sin niños, muñecos incompletos”.
- “Me recuerda al Holocausto. Es lo primero que se me vino a la mente: una guerra. Un niño con un trauma, con una pérdida. Vi al Mickey y pensé: ¿No será de alguien que vivió esa guerra? Da tristeza y es poético a la vez.”
- “Es interesante cómo, al ser basura, esto tiene muchísimo valor, cada objeto es solo un objeto y a la vez, no.”
- “Para mí es una metáfora del país: todos estamos afectados, de distintas maneras y en diversos ámbitos, pero todos estamos desgastados.”
- “Al verlo, te paraliza. El desgaste, la nostalgia de lo que fue... Es como una mutilación: hay figuras y recuerdos que se han perdido, negativas o positivas, pero que eran característicos de nosotros.”
- “Pienso en la gente sin hogar, el tiempo que nos toca vivir es deplorable.”
- “Me da tristeza, pienso en que hay tantas cosas que se olvidan por no darles un espacio...”
- “Son sensaciones de momentos, de fragmentos de la vida, elementos representativos del padre, de la madre, del hogar, del deporte, de la cultura... Tradiciones de un ciclo que ya concluyó y que ahora es un recuerdo, una fotografía tridimensional de otra realidad.”

Emigrar

- “Es una mezcla de muchísimas cosas, donde la duda es lo que resuena. Dudas sobre lo que somos y hacia dónde vamos.”
- “El último cuarto no está vacío, el contenido de todos los demás está dentro de las maletas.”

- “No puedes llevarte esos objetos, nos llevamos sus réplicas en sentimientos... creo que todo se resume a la acción de estar parado frente al abismo.”
- “Leo la cita ‘florece en un abismo’ y me parece esperanzador, somos pequeños y vulnerables, pero frente a ese abismo, vivimos y resistimos. Como cuando nos lanzamos al vacío para emigrar, y frente a ese mundo desconocido y a ese miedo, florecemos porque continuamos, porque sentimos, porque nos arriesgamos.”

Medidas

- “Me impresiona cómo nuestro tiempo está determinado por el valor de la moneda. Cómo nos confunde y nos aleja aún más de nuestro pasado.”
- “No sé bien qué decir... Pienso que cualquier cosa que diga será un reflejo de mí, de lo que haya vivido o esté viviendo en este momento.”
- “Pienso en la trascendencia que puede tener algo viejo y roto, en cómo algo olvidado se convierte en arte.”
- “Con cada ir y venir de la gente, los objetos cambian, como las rocas con las olas del mar.”
- “Es extraño a primera vista, pero ahora no tanto, porque en estos cuartos tenemos contacto con lo que marcó épocas pasadas. Como una venta a nuestros ancestros.”
- “Solo pienso en que debe haber una historia oculta en el orden, en la composición, en por qué está esa cosa al lado de la otra.”

Igualdad

- “Aunque uno muchos lugares y tiempos que no son los tuyos, uno se identifica, porque uno pudo haber bebido de esa botella, jugado con esa pelota, usado esos zapatos...”
- “Sin importar el género, la edad, el oficio, el dinero, todos compartimos el mismo espacio... Todos esos zapatos tan diferentes están en el mismo cuarto. Sin importar qué zapato seas, todos pisamos la mierda”.
- “Lo primero que pensé fue en que todos estos objetos son parte de la vida de las personas, pero parte de ellos también, una unidad, y, al fin y al cabo, simples partes literalmente...”
- “La palabra que me viene a la mente es idiosincrasia: somos la mezcla de muchas culturas, que, al conectarse, se convierten en algo más.”

Para cerrar

“Cuando se alcanza un alto grado de desarrollo de la sensibilidad, los objetos y los seres adquieren un valor interior y, finalmente, un sonido interior”.

Wassily Kandisky

Lo cierto es que el mundo tiene un lenguaje que no podemos traducir con palabras, es el lenguaje del estar, del transformarse, del existir a través de objetos, y eso es lo que cuenta la obra *Desde la orilla, la otra orilla*, el lenguaje de las cosas, que hablan por sí solas.



Hand-drawn sketches of birds and abstract shapes, with handwritten text in Spanish. The text includes: "TAPAN PLASTICO UNO ESPUMANTE", "DESATOR-VILLADER EN LA ARENA / 1007 19-02-07 1335PM.", and "CASI FRAGMENTO".

REFERENCIAS

- Aristóteles (1994): *Poética*, Caracas, Monte Ávila, Cruz, M. (2010): *Amo, luego existo*, Buenos Aires, Eudeba.
- Cage, J. (1981): *Para los pájaros*, Caracas, Monte Ávila.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2010): *Mil mesetas*, Valencia, Pre-textos.
- Gadamer, H.-G. (1997): *La actualidad de lo bello*, Barcelona, Paidós.
- Gadamer, H.-G. (1997): *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme.
- Ginsberg, A. (2006): *Aullido*, Barcelona, Anagrama.
- Kristeva, J. (1969): *Semiótica I*, Madrid, Espiral.
- Kandinsky, V. (1989): *De lo espiritual en el arte*, México, Premia.
- Markovich, M. (1968): *Heraclitus*, texto griego y versión castellana, Mérida, U.L.A.
- Santaella, F. (2019): *Gabinete del ocio*, Caracas, **ab**ediciones.

Siete mares... con aguas profundas y superficiales
Siete mares, siete mares... con aguas profundas
y superficiales.
— Sentimiento Muerto

En *Desde la orilla, la otra orilla* los objetos integran paisajes reales e imaginarios, testimoniales y poéticos sin marcar límites o diferencias. Se trata de lugares de tránsito en un espacio transitado. Son mapas sensibles, topografías íntimas, cuya complejidad es similar a la vida de millones de seres humanos que llegaron y se fueron del país. Son metáforas provisionales: bocetos de un modo de estar en el espacio y el tiempo.



abediciones

UCAB  UNIVERSIDAD CATÓLICA
ANDRÉS BELLO